

Ejerciendo el liderazgo profético:

Poder desde el silencio

■ Hno. James Shin



Liderazgo de poder significa poder de ser amado y poder de amar. Muchas veces los líderes no avanzan porque no tienen el poder de ser amados. Carecen de la oportunidad de asombrarse y de estar a los pies del Dios Trino. Todos los cristianos saben que Dios es amor y que nos ama, pero otra cosa es estar inmersos en su amor y experimentar su abrazo. No hay otro poder que el que viene del silencio:

Las personas de nuestro tiempo tienen miedo de estar en silencio y en soledad: se encuentran con alguien o chatean con su teléfono inteligente y a través de Internet, o se conectan a través de redes sociales, o pasan el tiempo jugando con el fin de evitar quedarse solas; tienen que ver y escuchar algo para no ponerse nerviosas. No soportan el silencio; permanecer en silencio sin hacer nada y no encontrarse con nadie se les hace muy difícil. Como señala el papa Francisco en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* ('La alegría del Evangelio'), muchos de nosotros estamos atrapados en el dolor, el vacío interior y la soledad por el consumismo y la búsqueda febril de placeres frívolos. Nuestra vida interior queda atrapada en sus propios intereses y preocupaciones, y ya no hay lugar para los demás, no hay lugar para los pobres. La voz de Dios ya no se escucha, la serena alegría de su amor ya no se siente, y el deseo de hacer el bien se desvanece (núm. 1 y 2). Seremos liberados de nuestra estrechez y autoabsorción gracias exclusivamente a un renovado encuentro con el amor de Dios (núm. 8).

Incluso los líderes de la RCC pueden perder el equilibrio cuando, estando al servicio de la curación y la proclamación de la Palabra, optan por centrarse en el servicio en lugar de tomarse un tiempo de silencio. Ellos se justifican diciendo que «la acción es oración». No permanecen en el Señor ni toman un tiempo para sumergirse en su amor, y de repente pierden la fuerza y no siguen más adelante.

Jesús es el modelo de liderazgo carismático. Hizo muchas acciones, usó los carismas más grandes. Sin embargo, salió a buscar un lugar silencioso cuando ante los



momentos importantes. Como sabemos bien, justo antes de comenzar su vida pública, ayunó y oró en el desierto durante cuarenta días conducido por el Espíritu Santo. Venció las tentaciones del diablo. Recibió el poder del Espíritu en el camino de regreso a Galilea desde el desierto y comenzó la evangelización. Los poderes llegaron a él a través del ayuno en la soledad y la oración en silencio (Lc 4,14-15).

Muchos creyentes se acercaron a Jesús después de haber experimentado acciones sorprendentes como la curación, los milagros, la liberación, etc. No obstante, Jesús dejó la multitud y se fue a un lugar remoto, como la montaña, y oró solo y se tomó su tiempo para el silencio (Mc 1,35; 6,46). También ordenó al curado que no les contase a los demás sobre su sanación (Mt 8,1-4).

Además, antes de que escogiese a los doce apóstoles, subió al monte y oró en soledad (Lc 6,12). La elección de los Doce fue la más importante de sus obras. Así, cuando Jesús hacía el trabajo importante, oraba a solas y en silencio se tomaba un tiempo para unirse con Dios y compartir su amor con él.

En cuanto a la oración contemplativa, el núm. 2717 del CIC dice: «La contemplación es silencio, este “símbolo del mundo venidero” (san Isaac de Nínive, *Tractatus mystici*, 66) o “amor [...] silencioso” (san Juan de la Cruz, *Carta*, 6). Las palabras en la oración contemplativa no son discursos sino ramillas que alimentan el fuego del amor. En este silencio, insoportable para el hombre “exte-

EN ESTA EDICIÓN

Ejerciendo el liderazgo profético:

Poder desde el silencio

Hno. James Shin

La cultura de Pentecostés:

Amistad y alegría contagiosa

Diác. Christof Hemberger

Preguntas a la Comisión Doctrinal de ICCRS:

¿Cómo evaluar la enseñanza sobre la prosperidad?



Jesús es el modelo de liderazgo carismático. Hizo muchas acciones, usó los carismas más grandes.



Jesús es el modelo de liderazgo carismático. Hizo muchas acciones, usó los carismas más grandes. Sin embargo, salió a buscar un lugar silencioso cuando ante los

rior”, el Padre nos da a conocer a su Verbo encarnado, sufriente, muerto y resucitado, y el Espíritu filial nos hace partícipes de la oración de Jesús».

El núm. 2709 del CIC cita a santa Teresa: «No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama».

Acción y contemplación están intrínsecamente unidas en la vida espiritual. El que hace una profunda contemplación queda asombrado y, naturalmente, realiza acciones para ofrecer al prójimo el amor experimentado. El que practica auténticas acciones de amor con diligencia se quedará de forma natural en contemplación.

Por lo tanto, la contemplación y la acción no son dos, sino una. El que está en contemplación puede actuar y el que está acción puede contemplar que estos dos se convierten en uno. Tenemos que aprender a dejarnos amar por Dios y de esta manera serviremos a los demás con el poder del Espíritu de forma correcta.

Antes que Jesús muriese en la cruz, señaló a Juan y dijo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26). Jesús hizo que la Santísima Virgen Madre se convirtiese en madre de todos nosotros al dársela a Juan como madre a manera de don en el mayor momento de su sufrimiento. Les concedió a los apóstoles muchos carismas para la evangelización y a María como su apoyo y defensa.

El papa Francisco llama a la Virgen María «Estrella de la nueva evangelización» diciendo: «Esta dinámica de justicia y ternura, de contemplar y caminar hacia los demás, es lo que hace de ella un modelo eclesial para la evangelización» (Evangelii gaudium 288).

Nuestra Señora «guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19). Ella fue la que más sufrió entre los personajes de la Biblia, pero se sobrepuso a todo contemplando el amor de Dios en el silencio.

Esto trae a la mente el icono de la Theotokos: María, abrazada por Jesús, inclina su cabeza y la apoya sobre aquel a quien ella tiene en sus brazos; la boca cerrada y los ojos abiertos al mundo. Ese es el poder del silencio.

El silencio no significa que simplemente uno no esté hablando externamente. Se trata del silencio interior, teniendo una conversación de amor con Dios y sumergiéndose en su amor. Con el fin de prestar atención a su Palabra y recibir su amor, debemos cortar el ruido que perturba el silencio.

Así como la pareja encuentra un lugar tranquilo, lejos del ruido

de la conversación, tenemos que alejarnos del ruido interior para la conversación espiritual y el amor con Dios.

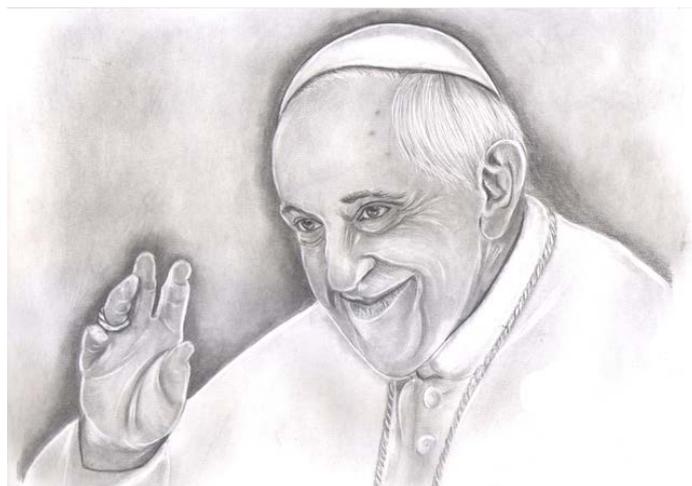
El ruido interior es para juzgar al que hace el mal, para enfadarse con los que hacen algo, para justificar las acusaciones erróneas y para escuchar los susurros de la oscuridad y las tentaciones.

Pedimos la gracia del arrepentimiento y el perdón con el fin de sacar el ruido interior y contemplar el amor de Dios en el silencio. Si no hay arrepentimiento, no podemos orar; si no hay perdón, no podemos amar, y si no hay agradecimiento, no podemos alabar.

Que Dios tenga una oportunidad de amarnos.

Al hacer de Jesús el modelo y confiar en la intercesión silenciosa y contemplativa de María Santísima, experimentamos profundamente el amor de Dios y evangelizamos a este mundo.

Hagamos nuestra la oración del papa Francisco:



**Tú, Virgen de la escucha y la contemplación,
madre del amor, esposa de las bodas eternas,
intercede por la Iglesia, de la cual eres el
icono purísimo,
para que ella nunca se encierre ni se detenga
en su pasión por instaurar el Reino. [...]
Madre del Evangelio viviente,
manantial de alegría para los pequeños,
ruega por nosotros. Amén. Aleluya. 🕊**

Amistad y alegría contagiosa

■ Diác. Christof Hemberger



Todos anhelamos la vida abundante. Queremos ver y experimentar que nuestras vidas tengan sentido y estén dirigidas en ese sentido. Idealmente, la consecuencia es una vida en la que sentimos profunda paz, alegría, plenitud y satisfacción. Hasta ahora no he encontrado a alguien que no tenga este anhelo. Además de esta alegría que sentimos como seres humanos cuando sentimos satisfacción en nuestras vidas, hay un anhelo de amistad y conexión. Nos necesitamos y dependemos unos de otros, e incluso más allá de eso: como seres humanos, somos seres relacionales, creados para la relación e inclinados a la relación.

Jesús nos ha enviado al mundo («No son del mundo. [...] yo los envié también al mundo» [Jn 17,16.18]), y hemos de hacer la diferencia en el mundo: hemos de ser sal y luz, justo donde vivimos, trabajamos y nos desenvolvemos. Yo creo que Jesús usó estas dos imágenes a propósito cuando quería animarnos a tener un efecto en el mundo: no se trata tanto de hablar sino de ser: la sal no puede hablar, solo se puede degustar. Hemos de dar sabor a este mundo, al igual que la sal da sabor a la sopa. La luz no puede hablar tampoco —la luz solo puede brillar—. La luz puede verse mejor en la oscuridad que es donde la gente vive con sus miedos, necesidades y dificultades. Sal y luz hacen una diferencia en los lugares en los que se utilizan. Pero ¿cómo podemos hacer que esta diferencia en el lugar en que vivimos? ¿Cómo podemos tener éxito en la configuración de este mundo con el que somos configurados?

Lo que cuenta es estar: hemos de ejercer una influencia sobre las personas y el mundo que nos rodea viviendo y estando en este mundo y con las personas que lo habitan. Podemos ejercer esta influencia viviendo lo que nos configura, es decir, siendo simplemente como somos. Así es cómo llegamos a ser testimonios vivos.

Solo podemos conformarnos con lo que hay dentro, con lo que determina lo que somos. Si la soledad reina en mi corazón, esta soledad también se hace manifiesta. Si hay anhelo en mí, este anhelo también se hará obvio a través de mis palabras y hechos. Si la alegría y la satisfacción viven en mí, estas se harán notar en la forma en que me comportan.

¿Qué hay dentro de nosotros? ¿Qué configura nuestro ser más íntimo? ¿Qué determina lo que somos?

Para mí, el bautismo en el Espíritu Santo fue uno de los momentos más decisivos de mi vida. Ni siquiera sentí una gran cosa —y en ese tiempo yo no entendía mucho tampoco—. Todo esto se produjo después gradualmente. Pero en ese momento me di cuenta de que Dios me aceptaba tal como era y soy y que ¡nada ni nadie en este mundo me puede separar de esta aceptación! ¡Soy amado por Dios y puedo decir que soy un hijo de Dios!

En cierto modo, Dios ha puesto al descubierto la verdad acerca de mí mismo en lo profundo de mi corazón: me di cuenta de mi identidad (en la medida en que podía comprender en aquel entonces). Incluso ahora —muchos años después— sigo experimentando este autoconocimiento, apoderándose de mí cada vez más profundamente. Dios usa cada oportunidad para inscribir esta verdad en mi corazón de una manera nueva.

Este conocimiento acerca de mi identidad es lo que me da forma como persona y como discípulo de Cristo. Y es esta certeza que florece dentro y se difunde lo que llama la atención de los demás.

Por ello, esta certeza acerca de mi propia identidad como hijo de Dios es el fundamento del gozo que yo experimento en lo hondo de mi ser. Y es esta alegría que brilla a través de mí en mi mundo.

Hace algún tiempo, un amigo que no vivía una relación personal con Dios me dijo que si me podía hacer una pregunta. «¿Sabes? —dijo— Yo conozco a un montón de gente, pero hay algo en ti que ninguno de ellos tiene. Dime qué hay en tu vida que difiere de la de los demás. Tú tienes algo que no tengo palabras para describir...». Mi amigo se había dado cuenta de que había algo más, algo más profundo, de lo que sabía de mí. La alegría y la satisfacción que el Señor me ha dado, que tiene sus raíces en mi identidad como su hijo amado, es más profundo y más grande que lo que el mundo puede dar.

Creo que esto es lo que Jesús quería de nosotros cuando nos encomendó ser sal y luz del mundo. Hemos de aprender de él y crecer en santidad. Y vamos a dejar que nos use como instrumentos suyos siendo testigos vivos en el mundo: personas con los pies sobre la tierra y cuya alegría por su identidad como hijos de Dios sea visible.

Cuando hablo de alegría, no me refiero de manera deliberada a la satisfacción que deriva de ser feliz por las acciones humanas y sus resultados. La alegría de la que habla la Escritura, la alegría que Dios da y de la que he escrito es más profunda, más amplia y más completa. Es el resultado del amor transformador de Dios en nuestra vida y existencia. Solo el Espíritu Santo puede llevar a cabo esta transformación en nuestras vidas. Esta es la razón por la que a menudo se le llama «Espíritu de alegría». Únicamente Dios puede dar esta alegría que trasciende nuestras capacidades y limitaciones humanas. Es de tan largo alcance que la gente puede sentirlo en lo profundo de su corazón a pesar de que se encuentre en situaciones difíciles, esté pasando por pruebas o incluso esté sufriendo.

Esta alegría puede expresarse de varias maneras. Una de ellas es por medio de la amistad. Las personas que no conocen a Dios y por lo tanto no pueden acceder a la alegría que él da están buscando la realización de sus vidas en muchas cosas —en relaciones con otras personas inclusive—. Por lo tanto, puede suceder fácilmente que se abuse de estas relaciones y amistades pues son utilizadas para realizar los anhelos en el corazón de la persona; no pueden, con todo, lograr ya que el fundamento no está presente: Dios como origen de la plenitud de la vida. Estamos tratando de obtener de otros lo que solo Dios puede dar: la certeza de que somos amados y aceptados tal como somos.

La alegría y la amistad pueden tener muchas caras. Se expresan de forma distinta en las diversas culturas y generaciones. Las personas tienen diferentes personalidades que influyen en su comprensión de la alegría y de las relaciones interpersonales.

En todas estas diferencias hay, sin embargo, un factor común: la amistad y las relaciones son una expresión de nuestro deseo de cercanía e intimidad. La alegría brota de un corazón que conoce a Dios y se conmueve profundamente por él.

Dondequiera que vivamos esto como cristianos —no importa la forma en que se exprese en nuestro día a día— esto hará la diferencia. Esta diferencia es de gran importancia, puesto que muestra a las personas a nuestro alrededor (o sea, al mundo) que los cristianos, por la acción del Espíritu Santo, tenemos algo en nuestra vida que ellos anhelan y que Jesús ha prometido: la vida abundante. 🏠



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

¿Cómo evaluar la enseñanza sobre la prosperidad?

Se han extendido ampliamente en los círculos carismáticos y pentecostales diversas formas de enseñanza sobre la prosperidad. El elemento común en toda la enseñanza sobre la prosperidad es que Dios es un Dios de bendición, y que la fe obediente conducirá a una creciente vida de bendición en todos los ámbitos, incluyendo las finanzas y los bienes. Como católicos, a menudo nos sentimos incómodos con esta enseñanza, y somos conscientes de que parece muy alejada del mensaje del papa Francisco que desea una Iglesia «pobre y para los pobres». Algunos pueden quedar confundidos con el hecho de que el papa Francisco envió un videomensaje a una conferencia organizada por Kenneth Copeland, un profesor del tema de la prosperidad. El ejemplo del papa es instructivo. Se regocijó porque estos cristianos aman al Señor Jesús y desean alabarlo. Su mensaje no transmitía una enseñanza particular. Fue un ejemplo de apertura y amor por todos los que confiesan el nombre de Jesús.

Los pasajes bíblicos utilizados por los que predicán sobre la prosperidad son en su mayoría del Antiguo Testamento. A través de la ley mosaica Dios quiso hacer de Israel un pueblo santo (Lev 19,2). Parte de esta instrucción era aprender que la obediencia lleva a la bendición, y la desobediencia conduce a todo tipo de desastres (véase, por ejemplo, Deuteronomio 28). Así que esta enseñanza no carece de fundamento bíblico.

No obstante, los israelitas experimentaron que los malos pueden florecer y que los justos pueden sufrir, a menudo a manos de los malvados. Esta experiencia lleva a la oración ferviente y a la búsqueda de corazón del Señor, como lo vemos en el salmo 73 y en el libro de Job. Poco a poco surge la idea de que el sufrimiento de los justos es importante para la liberación del pueblo. Esto encuentra su expresión más profunda en el cuarto canto del siervo que escuchamos en la liturgia del Viernes Santo (Is 52,12—53,12).

Pero la revelación completa sobre el sufrimiento de los justos aguarda la venida de Jesús el Mesías, y, en particular, su muerte y resurrección. Los Evangelios traen un mensaje nuevo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará» (Mt 16,24-25). Aquí se invita al cristiano a seguir la vida de autosacrificio de nuestro Señor y Salvador.

Cuando los mensajes sobre el deseo de Dios de bendecir a todos no hacen ninguna referencia a la cruz y a las palabras de Jesús sobre la abnegación, entonces algo esencial está faltando y el contenido se desvirtúa. Esto sigue siendo cierto, incluso cuando

los predicadores dicen que Jesús tomó todos sus sufrimientos sobre sí mismo de manera que podemos simplemente disfrutar de la bendición, es decir, sin sufrimiento. Somos salvos por la pasión de Jesús, y no por nuestros propios sufrimientos. Pero como nosotros sufrimos porque seguimos a Jesús, nuestros sufrimientos son profundamente purificadores y contribuyen a completar «lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24).

En cierto modo, la enseñanza sobre la prosperidad es una reacción contra una presentación distorsionada de la fe cristiana en la que el sufrimiento parece ser exaltado por su propio bien, y los oprimidos y afligidos nunca escuchan la buena nueva de la liberación y la libertad. Nuestro deber para con los que sufren es mostrarles el amor de Jesús y presentarles su vida y enseñanza. No llevamos esperanza al decir que su sufrimiento está dando grandes frutos, sobre todo cuando no tienen un conocimiento vivo de Cristo.

La enseñanza sobre la prosperidad hace énfasis en cómo la ddiversidad desembocará en la bendición. Textos como 2 Corintios 9,6 son citados a menudo. Hay una enseñanza sobre la «siembra en fe» que dice que si se siembra con donaciones de dinero, se recibirá a cambio cien o mil veces en bendiciones materiales. Es cierto que existe una obligación moral de los cristianos a apoyar la misión y el ministerio de la Iglesia. En el Antiguo Testamento los israelitas estaban obligados a reservar el diez por ciento de su producción para el sacerdocio levítico (Lev 27,30-33). Pablo dice a los corintios que cada uno «aparte el primer día de la semana lo que haya podido ahorrar» (1 Cor 16,2). La Iglesia de hoy no enseña la obligación de dar el diez por ciento; el Catecismo dice que el mandamiento de «ayudar a la Iglesia en sus necesidades» significa que «los fieles están obligados de ayudar, cada uno según su posibilidad, a las necesidades materiales de la Iglesia» (párr. 2043). La Iglesia nos da la libertad de decidir la forma de apoyar la obra de Dios, cuánto dar a nuestra parroquia, qué cantidad a un grupo de la comunidad o de la iglesia, cuánto a obras de caridad.

¿Qué podemos aprender los católicos de la enseñanza sobre la prosperidad? Como cristianos tenemos que aprender a someter el campo del dinero, las finanzas, las propiedades y las posesiones al señorío de Jesús. Los sacerdotes deben enseñar sobre esto como parte de vivir bajo la autoridad de Jesús, en lugar de simplemente hacer peticiones para los fondos. Si sometemos todas las áreas de nuestras vidas al Señor, los fondos estarán allí. 🍷